

COMO UN RENCOR PEQUEÑO

Para María Doval, dormida en su Armenteira

Era pequeña y dulce, María Doval.
¿O acaso no lo era?
Quizá apretaba en su mano rústica
un mendrugo como un rencor pequeño.
Bajaba la cabeza y callaba,
con largos silencios obstinados,
pensando, mirando hacia adentro
o hacia remotas lejanías.
Por el ventanuco del Oeste entreveía
el mar de Cambados
que se llevó a su padre, el cantero, lejos,
del otro lado.
Por la puerta abierta al campo
miraba el prado descendiendo y ascendiendo,
entre regatos pequeños,
encinas, robles, pinos,
y más allá, el monte misterioso
desde donde bajan los lobos,
o el lobisón en las noches de luna.
"Deja ya de mirar la luna,
entra ya, María", su madre le decía
desde la edad lejana de la infancia.
Paro María mira. Ahora mira
hacia donde se fue Francisco,
con su enorme sombra, con su capa negra,
al trote del caballo,
con las mejillas rojas por el frío
y los ojos azules riendo siempre.
María espera, con ese peso de piedra
en la mitad del pecho,
cansada de esperar.
O mira hacia los muros del monasterio
oculto entre las ramas.
Allí vivó San Ero, María sabe.
Sabe que oyó el canto de un pájaro
y durmió trescientos años.
Trescientos días, o más, quisiera
María dormir.
Cansada de esperar,
de escuchar insomne
el trote del caballo,
el paso del hombre de la capa negra
y los ojos azules riendo siempre.
No escucha, no, no escucha
las voces de sus hijos
siempre parloteando, quejándose,
jugando siempre.

No escucha, no, no escucha
el cloquear de las gallinas
ni el chasquido de las ramas verdes
estallando en el hogar.
Desgrana mazorcas,
pela castañas,
cose, barre, lava,
baja la cabeza, y calla,
espera.
Y en el pecho anida
aquel rencor pequeño.

E. de Z.
26 de marzo de 1996.